

A man with a dark beard and mustache, wearing a white button-down shirt, is holding a black camera with a lens cap. The background is dark and out of focus.

SAYED

KASHUA

*Segunda persona
del singular*

Galaxia Gutenberg

SAYED KASHUA

Segunda persona del singular

Traducción de
Raquel García Lozano

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Título original: גוף שני יחיד
Traducción del hebreo: Raquel García Lozano

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre 2015

© Sayed Kashua, 2010
© de la traducción: Raquel García, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: DL B 19528-2015
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-32-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A mis padres

ROPA DE CAMA DE LAS BRATZ

Nada más abrir los ojos, el abogado supo que estaría cansado todo el día. No se acordaba de si había sido en la radio o en el periódico donde se había enterado de lo de las ondas del sueño, pero recordaba las palabras del experto, que describía el sueño como una sucesión de ondas y hablaba de la importancia de despertarse al término de una onda de sueño. Con frecuencia, explicaba el experto, la razón del cansancio no era las pocas horas de sueño, sino el despertarse antes de que una onda completase su ciclo. El abogado no sabía cuál era la longitud de una onda así, cuándo empezaba y cuándo terminaba, pero sabía que por la mañana, de hecho casi todas las mañanas, se despertaba en mitad de una onda. ¿Había logrado disfrutar alguna vez de esa sensación sin duda maravillosa de despertarse de forma natural al final de una onda? No estaba seguro. Se imaginaba las ondas del sueño como el oleaje del mar y se veía a sí mismo como un surfista que, un instante antes de que la ola rompa en la playa, cae al agua de golpe y se despierta con una inexplicable sensación de pánico.

El abogado nunca necesitaba despertador. Siempre se despertaba a tiempo o, mejor dicho, antes de tiempo. Es cierto que, cuando tenía alguna vista importante por la mañana temprano, solía poner el despertador del teléfono móvil antes de meterse en la cama, pero siempre se despertaba antes de que sonase y le daba tiempo a desactivar la alarma.

El reloj señalaba casi las seis y media, y los murmullos matutinos de su mujer y de sus hijos llegaron hasta su cama. Para ser exactos, a la cama de su hija mayor. La niña había cumplido seis años y estaba estudiando primero. Desde que ella nació, el abogado tomó

por costumbre dormir en su habitación. Cuando era muy pequeña, él se trasladó a dormir a la habitación preparada para ella, ya que la niña se despertaba muchas veces por la noche y su mujer se levantaba a darle de mamar, a cambiarle el pañal y a calmarla, si lloraba, hasta que volvía a quedarse dormida. Por aquellos días, él solía dormir en un colchón, ya que la niña no tenía cama, sino una cuna situada junto a la cama de matrimonio.

Su mujer no se enfadó en absoluto por eso. Sabía perfectamente que su marido necesitaba muchas horas de sueño para funcionar bien en el trabajo. Y es que, a diferencia de ella, que había pedido un año de excedencia para dedicarse por completo al cuidado de la casa y de la niña, él debía continuar con la dura y exigente labor de un abogado joven que justo entonces empezaba a consolidarse como uno de los abogados más prometedores de Jerusalén.

Durante dos años enteros, el abogado estuvo durmiendo en un colchón puesto encima de una alfombra del oso Winnie the Pooh volando por los aires dentro de la cesta de un globo aerostático, entre paredes pintadas de azul celeste y decoradas con nubes blancas que debían hacer las delicias de la niña, rodeado de algunos peluches que les habían regalado sus amigos o familiares y de muchos más que ellos mismos habían comprado para su primogénita. La niña siguió durmiendo en la habitación de la pareja, pegada a la madre. Varias veces a la semana, el abogado visitaba a su mujer por las noches, e incluso se quedaba a dormir allí hasta por la mañana, en la cama de matrimonio que habían comprado para su noche de bodas, ya que la niña había empezado a dormir noches enteras sin molestar. En ocasiones era su mujer la que decidía visitarlo a él en el colchón, aunque él consideraba preferible la primera opción, ya que a veces sentía cómo todos los muñecos que estaban a su alrededor sobre los armarios y las cómodas –ositos, perritos de peluche, muñecas inocentes con vestidos de novia– lanzaban miradas asustadas y asombradas ante la extraña ceremonia que su mujer y él realizaban delante de sus narices.

Cuando la niña cumplió dos años, la pareja decidió que ya era bastante mayor y le cambiaron la cuna por una cama infantil. Era una niña grande para su edad, y aún hoy les seguía sacando una cabeza a sus compañeros de clase. Pero incluso después de comprar la nueva cama, con forma de coche rosa y con colores que combina-

ban con el azul cielo y con las nubes que decoraban las paredes, y a pesar de que la cuna había sido plegada y dejada en un rincón del trastero, el abogado siguió durmiendo en la habitación de la niña y ella siguió durmiendo en su lugar en la cama de matrimonio al lado de su madre. La vida del abogado mejoró mucho, ya que la cama infantil estaba equipada con un colchón ergonómico. Era infinitamente más cómoda que aquel colchón demasiado fino que había estado utilizando hasta entonces.

Hace aproximadamente un año, la pareja tuvo otro niño. Pocas semanas después de que naciera, la familia dejó el piso alquilado y se mudó a una casa espaciosa que se habían construido. La casa tenía dos plantas: en la planta de arriba había un amplio salón, una cocina moderna y dos dormitorios, uno especialmente grande y con un cuarto de baño anexo —al que la pareja le gustaba llamar «la habitación principal»—, y otro preparado para el nuevo niño, con las paredes pintadas de azul celeste y decoradas con papel pintado con los personajes de la película *Shrek*. La habitación de la niña, por el contrario, se instaló en la planta baja. Era una habitación amplia con las paredes pintadas de color crema y muebles a juego que incluían, además de la cama, un escritorio, estanterías y un armario grande en tonos blanco y granate. En la planta baja había también un servicio, un baño, un pequeño trastero y un despacho que únicamente utilizaba el abogado. En esa habitación había una mesa antigua de madera de caoba que le había regalado uno de sus clientes y, alrededor, estanterías donde tenía ordenada su colección de libros.

El traslado a la nueva casa no cambió las costumbres de la pareja a la hora de dormir. El niño aún era pequeño y su madre prefería que su cuna estuviese al lado de la cama de matrimonio, y todos los intentos de la pareja por convencer a su hija de que debía dormir en su habitación y en su nueva cama fueron en vano. La niña se negó a dormir tan lejos, en la planta baja, y se empeñó en seguir durmiendo al lado de su madre. El abogado y su mujer, que comprendían el miedo de la niña, le propusieron que durmiese en un colchón en la habitación dispuesta para su hermano pequeño. La niña aceptó el ofrecimiento, pero, cuando se despertaba sobresaltada casi cada noche, se iba corriendo a la cama de sus padres. De modo que el abogado se encontró durmiendo de nuevo en la habitación de la niña. Pero hay que remarcar que lo hacía a gusto, y que el hecho de tener

una habitación para él solo, al menos por las noches, le suponía un gran alivio. Al fin y al cabo, prefería dormir solo.

Como todos los días, le asaltaron los ruidos mañaneros que tan bien conocía. La voz chillona de su mujer, apremiando a la niña a que entrara en el cuarto de baño, se lavara la cara y se cepillase los dientes, le hirió los oídos. Justo después, los pasos acelerados y nerviosos de su mujer hicieron temblar el techo sobre su cabeza. ¿Por qué camina así?, pensó. Parece que aporrea el suelo con los pies a propósito. Bum, bum, bum. Como los soldados del ejército rojo en un desfile militar. «¿Cómo voy a saber yo dónde están tus gomas del pelo?», la oyó gritar, «¿por qué habría de saberlo yo? Podrías aprender a cuidar de tus cosas. Ya no eres una niña pequeña. Venga. Rápido. Baja a vestirme y comprueba que llevas todos los libros y los cuadernos en la cartera. ¡Qué le vamos a hacer! No hay gomas. Hoy tendrás que ir sin ellas. Venga. Ahora no quiero oír ni una palabra. Tengo prisa.»

El abogado pudo oír los pasos furiosos de su hija bajando las escaleras de madera, y a su mujer sonándose la nariz en el cuarto de baño y escupiendo después de cepillarse los dientes. Si supiera cómo suenan sus ruidos mañaneros, pensó el abogado, puede que no se comportase así. Puede que piense que la distancia entre las dos plantas es lo suficientemente grande como para amortiguar el jaleo que arma y sus ruidos corporales. Si supiera que los ruidos se oyen en el sótano con mayor intensidad, puede que cambiase sus hábitos. La oyó bajar la tapa del váter justo cuando la niña llamó a la puerta de su habitación. Como era de esperar, tenía cara de enfado y la vista clavada en su padre, como buscando consuelo por las reprimendas de su madre.

El abogado sonrió a su hija, retiró la manta de las Bratz, se incorporó, permaneció sentado en la cama y le indicó a su hija que se acercara. La niña estaba esperando esa señal. Quería saber de qué lado había decidido situarse aquella mañana. La sonrisa y la invitación a abrazarle la calmaron y la convencieron de que podía quejarse al oído de su padre con voz llorosa. ¿Quién sabe? Puede que hasta regañase a su madre o, al menos, le dijese una o dos palabras en su favor.

—Yo no he perdido las gomas —refunfuñó la niña sentándose en el

regazo de su padre—, yo las dejé ayer junto al lavabo antes de meterme en la cama. ¿Por qué me grita? Papá, dile que yo no las he perdido.

—Estoy seguro de que las encontraremos enseguida —dijo el abogado acariciando el cabello de la niña—, ya verás.

—Nunca las encontraremos. Además, son viejas y necesito otras nuevas, y muchas, para que, si una se pierde, haya más. ¿Vale?

—Vale —dijo el abogado—. Ahora ve a vestirme enseguida, que no queremos llegar tarde, ¿de acuerdo, cielo?

—Tampoco tengo ropa —dijo con semblante triste cuando abrió el armario y miró dentro.

El abogado volvió a sonreír a su hija y salió de su habitación. Tenía muchas ganas de subir, entrar en el dormitorio y desear buenos días a su mujer, o al revés, tal vez quería que ella fuese a su cama de la planta baja y le despertase deseándole buenos días. Pero no pasó ni lo uno ni lo otro. Al abogado le costaba fingir sus sentimientos. Es cierto que había oído decir muchas veces, a sus clientes varones o en programas de televisión, que para garantizarse la tranquilidad en casa, el marido, le gustase o no, debía embaucar a la mujer, colmarla de empalagosos halagos, pero él no sentía la necesidad de hacer tal cosa. Tranquilidad, en el sentido al que se referían todos esos maridos, sí que había en su casa. El abogado no podía quejarse de que su mujer le agobiase, al contrario, ella dirigía la casa y a los niños con mano firme, y jamás se quejaba porque llegara tarde del bufete o porque no la ayudase en las tareas domésticas. Cuando pensó en eso mientras removía su café en la cocina, el abogado se dio cuenta de que su mujer nunca tenía quejas de él.

Podría entrar un momento en el dormitorio y ella podría salir un instante hacia la cocina y encontrarse con él. La oyó hablar con el niño mientras lo vestía. Pero el abogado prefirió evitar encontrarse con su mujer, al igual que ella evitó encontrarse con él, y decidió bajar las escaleras con la taza de café en la mano. Al ver que la niña se estaba vistiendo en su habitación, entró en su despacho y cerró la puerta. El despacho era también la zona de fumadores, ya que, según la ley que el propio abogado había establecido desde que se trasladaron a la casa nueva, él no fumaría en ningún lugar de la casa salvo en el despacho, y lo mismo haría todo aquel que visitase la casa. Si algún invitado quería fumar, podía salir al jardín o bajar al despacho. La mujer del abogado no fumaba.

COLEGIO

El abogado se cercioró de que su hija estuviese bien sujeta en el asiento trasero de su Mercedes negro, y su mujer ató la silla del niño en su Golf azul. Los otros días de la semana, era la mujer la que dejaba a los niños: a la niña en el colegio y al niño en casa de la cuidadora, que estaba a dos minutos en coche de la suya. Pero los jueves ella temía llegar tarde a la reunión de la plantilla, que empezaba a las ocho en punto, y al abogado no le urgía llegar al bufete, así que se dividían la tarea.

La mujer del abogado apretó el botón cuadrado, negro y pequeño del mando a distancia que llevaba en el llavero y la puerta automática empezó a abrirse. Se acercó al coche de su marido y se despidió de la niña con la mano. «Bye», dijo también a su marido, luego entró en su coche y salió la primera del estacionamiento techado que estaba en la entrada de la casa. Se volvió, miró de nuevo hacia su marido, se despidió de él una vez más y le lanzó una sonrisa llena de agradecimiento. El abogado asintió con la cabeza y se metió en su coche. Sintió que era un marido que apoyaba y alentaba la actividad profesional de su mujer. Lo cierto es que, salvo llevar a la niña al colegio los jueves, no hacía demasiado en lo tocante al cuidado de los niños o a las tareas domésticas, pero incluso cosas tan pequeñas como llevar a la niña o volver de vez en cuando antes del bufete cuando su mujer tenía que ir a algún congreso o a algún acto social relacionado con su trabajo eran consideradas por ambos un inmenso sacrificio que él hacía por la carrera de su mujer. Los dos sabían que la contribución económica de su mujer, la asistente social, no tenía ni punto de comparación con los ingresos del abogado. El abogado jamás le contó esto a su mujer, pero un amigo, que también era su contable, le dijo una vez que, si su mujer dejara de trabajar, los ingresos de ambos como pareja aumentarían, ya que, según las leyes tributarias del país, el hecho de tener unos ingresos únicos haría que el porcentaje de impuestos que debía pagar el abogado bajase, con lo que se ahorraría una cantidad mucho mayor que los ingresos anuales de su mujer.

Mientras el abogado pensaba en esas cosas de camino al colegio de la niña, se dio cuenta de que no sabía exactamente qué hacía su mujer en el trabajo. Es decir, sabía que ella había terminado un grado en trabajo social y que, cuando la conoció, trabajaba en la Ofici-

na de Asuntos Sociales de Wadi Joz, en Jerusalén Este, y estaba haciendo un máster. También sabía que, después, hizo otro máster, relacionado con algún tipo de terapia. Sentía que él siempre la había animado a estudiar, que siempre la había apoyado, pero no sabía con certeza lo que hacía en aquella Oficina de Asuntos Sociales del sur de la ciudad, donde trabajaba media jornada, ni sabía realmente a quién trataba en aquel centro de salud mental donde trabajaba la otra mitad de la jornada. De repente, por un breve instante, antes de poner la radio para escuchar las últimas noticias de las siete y media, al abogado le entraron ganas de saber, por ejemplo, cómo era esa reunión de la plantilla a la que su mujer siempre temía llegar tarde los jueves.

Condujo despacio por las calles abarrotadas del pueblo, con gafas de sol. A veces había tráfico lento en el cruce del centro del pueblo, donde se congregaban cada mañana cientos de obreros que esperaban a que los contratistas fuesen a recogerlos. A los jóvenes, que parecían más robustos, los cogían mucho más temprano, y a las siete y media quedaban los obreros mayores, los de aspecto más débil. Los contratistas que se levantaban más tarde tenían que conformarse con ellos. Sobre las ocho de la mañana, cuando el abogado solía pasar por el cruce, sólo quedaban allí unos pocos obreros. Cada mañana, aquella escena volvía a impactarle. ¿Qué pensaba de él la población local? ¿Qué pensaba de los árabes de nacionalidad israelí como él? De ellos y de sus coches caros, y de su aparentemente ostentoso tren de vida. De los que, al igual que él, no eran oriundos de la ciudad, sino que habían llegado a ella por la universidad y luego se habían establecido allí por razones económicas. Normalmente eran los árabes israelíes con profesiones liberales quienes tendían a quedarse en Jerusalén y a no regresar a los pueblos de Galilea o del Triángulo.¹ Por lo general eran abogados, como él, contables o médicos. Algunos eran profesores de universidad. Sólo ellos se podían permitir quedarse en una ciudad donde el nivel de vida, incluso en los barrios árabes, era muchísimo más alto que en cualquier lugar de Galilea y del Triángulo.

1. El Triángulo es una zona situada dentro de la Línea Verde de 1967, casi completamente poblada por árabes y que se extiende desde la ciudad de Um al-Fahm, al norte, hasta Kfar Qassem, al sur. (*N. de la T.*)

Abogados, contables, asesores fiscales y médicos que eran utilizados como mediadores entre la población local y las autoridades israelíes; varios miles que vivían en Jerusalén pero que, a pesar de vivir entre ellos, no se mezclaban con los locales. Siempre serían considerados unos extraños, un poco sospechosos, pero indispensables. De otro modo, ¿quién representaría a los habitantes de Jerusalén Este y de los pueblos de los alrededores en los tribunales, ante las administraciones tributarias, las compañías de seguros y los hospitales de habla hebrea? No es que faltasen médicos, juristas ni economistas de Jerusalén Este, pero ¿qué se le iba a hacer si, en la mayoría de los casos, las autoridades israelíes no reconocían sus títulos? Los estudios superiores en las universidades de Cisjordania o del resto del mundo árabe no eran suficientes, y había que adquirir licencias oficiales para ejercer que exigían pasar por una serie de cursos de formación y de exámenes, prácticamente todos en hebreo. Algunos ciudadanos de Jerusalén Este hacían el esfuerzo de pasar por el agotador proceso de acreditación israelí, pero el abogado sabía que casi todos los habitantes preferían ser representados por alguien de nacionalidad israelí. Alguien así, pensaba el abogado que pensaban ellos, seguro que conocía mejor la mente de los judíos y su forma de pensar. Seguro que no habría llegado a lo que había llegado sin contactos, fueran del tipo que fueran. De algún modo, a ojos de la población local, los árabes con nacionalidad israelí eran medio judíos.

El abogado aparcó su gran vehículo en el estacionamiento del colegio judeo-árabe que árabes como él, de hecho amigos suyos, habían fundado. Ellos no querían que sus hijos estudiaran en los colegios que funcionaban en Jerusalén Este, instituciones públicas tristemente famosas por sus infraestructuras y su sistema educativo. Los inmigrantes árabes de la ciudad, entre los que se contaba el abogado, querían que sus hijos estudiaran siguiendo el programa que ellos habían tenido, es decir, según el sistema del Ministerio de Educación israelí, con un título de bachillerato reconocido por las universidades del país y del extranjero, y eso iba en contra del sistema educativo de Jerusalén Este, donde hasta hacía poco se estudiaba según el programa jordano y, desde la existencia de la Autoridad Palestina, según lo dictado por el Ministerio de Educación palestino. Pero también ellos, los que aparentemente tenían influencia, sabían que no

conseguirían fundar un nuevo tipo de colegio para sus hijos si no encontraban una solución original: y ésta se encontró gracias a un profesor que llegó de Galilea y propuso implantar una educación mixta bilingüe. Se le ocurrió fundar una ONG llamada «Judíos y árabes estudian juntos en Jerusalén», a la que no le resultó difícil conseguir aportaciones de filántropos europeos y norteamericanos que querían contribuir al impulso de la paz en Oriente Medio.

La dirección del colegio, en colaboración con la asociación de padres, hizo todo lo posible para que solamente los hijos de aquellos que eran inmigrantes dentro de su propia tierra estudiaran en la institución junto a los alumnos judíos, pero no lograron cerrarla por completo a los árabes locales. Expusieron argumentos nacionalistas, según los cuales la educación mixta estaba destinada a los árabes con nacionalidad israelí y no a los árabes de Jerusalén, que eran considerados parte inseparable de la Cisjordania conquistada. Dijeron que eso iba en contra de sus creencias, ya que Jerusalén debía ser liberada de la ocupación israelí y convertirse en la capital de Palestina, y que, por tanto, la participación de los niños locales en un tipo de educación así era un delito de acuerdo con sus convicciones políticas, según las cuales Israel debía retirarse de Cisjordania y de la franja de Gaza. Sin embargo, no podían exponer esos argumentos ante el Ayuntamiento de Jerusalén y, mucho menos, ante el Ministerio de Educación, que insistían en considerar la Jerusalén unida eternamente como la capital del pueblo judío. Presentar argumentos así ante las autoridades de Israel hubiese puesto en peligro el colegio mixto, podrían haberlo cerrado por herejía y traición política. Por eso, y debido a que el escaso número de hijos de inmigrantes no era suficiente para llenar el cupo de alumnos árabes en las clases mixtas –treinta niños por clase, la mitad judíos y la mitad árabes–, el Ministerio de Educación y el ayuntamiento obligaron al colegio a admitir también a algunos niños locales.

Es tan fácil distinguir los coches de los judíos de los de los árabes, pensó el abogado mientras caminaba desde el aparcamiento hacia la puerta del colegio con su hija de la mano. Los coches de los judíos eran más modestos y económicos, la mayoría de fabricación japonesa o coreana. Casi todos los coches de los árabes eran alemanes, caros, tenían motores grandes y muchos accesorios, eran algo más brillantes y entre ellos había un número impresionante de todoterrenos

cuatro por cuatro. Y no es que los padres de los alumnos judíos gasasen menos que los padres de los niños árabes del colegio, el abogado podía asegurar que era todo lo contrario. Pero a diferencia de los padres árabes, entre los judíos no había competitividad, ninguno de ellos sentía que debía mostrar su éxito a nadie, y menos aumentando el tamaño del motor del coche cada año. Los judíos se dedicaban a una amplia gama de sectores, ésa era al menos la impresión que tenía el abogado de los padres de los alumnos de la clase de su hija. Sabía que entre los padres había varios trabajadores del sector de la alta tecnología, un gran número de altos funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores, del Tesoro y de Justicia, algunos profesores de universidad y dos artistas. Una variedad relativamente grande de profesiones en comparación con los padres árabes, entre los que al menos uno de la pareja, normalmente el marido, se dedicaba a la judicatura, la contabilidad o la medicina. Casi todas las madres árabes eran maestras –es cierto que de grado superior, ya que las posibilidades de prosperar de los árabes israelíes en el sistema educativo de Jerusalén eran mucho mayores que las de los locales–, pero sólo maestras al fin y al cabo.

El abogado hubiese preferido olvidarse del Mercedes y conformarse con un coche económico y mucho más barato. Pensó en un Mazda de gama alta, pero sabía perfectamente que no podía permitírselo. Incluso en la época tan dura que siguió a la compra del piso, sabía que, si no cambiaba su coche por otro mejor del que se había comprado su principal competidor, aquello podía verse como un retroceso. Debía hacer todo lo posible por seguir siendo para la gente el criminalista árabe número uno de la ciudad. Y un magnífico Mercedes negro era parte del camino hacia el éxito. Si su competidor se compraba un BMW nuevo con un motor de cinco litros, él debía comprarse un Mercedes con un motor de siete litros. Si su competidor tenía sensor de marcha atrás, él debía añadirle también un sistema de DVD integrado en los reposacabezas de los asientos delanteros. Al abogado no le costaba afrontar los pagos mensuales del préstamo que había pedido para financiar la compra del coche, aunque evidentemente, si hubiese renunciado al Mercedes, podría haberse sentido menos presionado y haber sido más selectivo con los casos que aceptaba. Pero no podía.

KING GEORGE

Hacía cinco años que el abogado había trasladado su bufete de la calle Salah ad-Din, la más céntrica de la zona este de la ciudad, a la calle King George, la más céntrica de la zona oeste. Es cierto que, salvo algunos casos aislados de clientes judíos, todos sus clientes residían en Jerusalén Este y en Cisjordania y, por tanto, hubiese sido más lógico que su bufete permaneciera allí, pero al abogado le dio la corazonada de que los residentes de Jerusalén Este considerarían más prestigioso a un abogado que tuviese su bufete en un barrio judío. A pesar de los ruegos de sus colegas, el abogado decidió hacer caso a su corazonada, y enseguida descubrió que tenía razón. Pasados sólo unos meses, el traslado a la calle King George, donde tenía que pagar un alquiler tres veces más alto que el que pagaba en Salah ad-Din, dio sus frutos y resultó ser un negocio de lo más ventajoso. En sólo un año, el abogado multiplicó el número de clientes y los ingresos.

No mucho tiempo después del traslado a la zona oeste de la ciudad, el abogado comprendió que, además de la secretaria y del estudiante en prácticas, debía contratar a un abogado fijo que lo ayudase a llevar los casos. Un año después del traslado a King George, le ofreció el puesto a Tareq, que había acabado con él las prácticas. El abogado quería a Tareq, que le recordaba a sí mismo al inicio de su carrera. Sabía que podía confiar en él. Logró convencer a Tareq de que, en vez de regresar a su pueblo natal en Galilea para abrir allí un bufete de abogados, se quedase en Jerusalén.

«¿Para qué vas a regresar? ¿Sólo para que tu padre esté orgulloso de la placa pegada en la puerta de tu despacho?», le dijo el abogado a Tareq. «¿Quieres ocuparte de ladronzuelos de coches en el pueblo, o quedarte para enfrentarte a lo esencial aquí?» Para mostrarle a Tareq, que sólo tenía veintitrés años cuando terminó las prácticas y aprobó con excelentes calificaciones los exámenes de acceso a la abogacía, qué era lo esencial, el abogado lo envió a presentar una primera apelación en el Alto Tribunal de Justicia de Jerusalén. Cuando Tareq regresó de allí con una sensación de triunfo y un dictamen de medidas cautelares, dio su conformidad a la propuesta del abogado y se quedó en el bufete con un salario mensual y un diez por ciento de los ingresos que obtuviese el despacho por los casos que él hubiese llevado.

A Samah Manzur, la secretaria del bufete, la había contratado el abogado el primer día que se convirtió en un abogado privado y abrió el bufete en Jerusalén Este, hacía ya unos ocho años. Al principio estuvo contratado a media jornada y, al cabo de un año, a jornada completa. Samah, de treinta años, había terminado por entonces derecho en la Universidad de Amman y estaba buscando un bufete donde pudiese aprender el idioma y el sistema israelí, con la esperanza de obtener algún día el título profesional del colegio de abogados israelí. Llegó al bufete del abogado para la entrevista de trabajo acompañada de su prometido. El abogado sabía que tenía enfrente a la hija de quien por aquellos días era un hombre influyente de la ciudad, y decidió contratarla a pesar de que no sabía ni media palabra de hebreo. El abogado jamás reconoció aquello, pero el padre de Samah fue la razón principal de que decidiese contratarla, a pesar de que, en aquella época en que empezaba a ejercer como abogado privado, no estaba nada seguro de si podría afrontar el pago del pequeño salario de una secretaria a media jornada. Sin embargo, como joven criminalista, el abogado necesitaba el sello de garantía de un hombre como el señor Manzur, el padre de Samah.

El padre de Samah, que se presentó a las primeras elecciones palestinas, fue elegido miembro del Parlamento palestino y se convirtió en un hombre de confianza del gobierno. Samah se casó con su prometido, un urbanista que había estudiado en Kuwait y que, desde que volvió a Jerusalén, era un contratista de éxito. La pareja tenía tres hijos. Ahora ella dominaba el hebreo a la perfección, dirigía el despacho con mano firme y daba la impresión de estar contenta con su puesto y hasta de sentirse satisfecha con el trabajo. A pesar de todo, cada año se presentaba a los exámenes de acceso a la abogacía y, aunque ya había suspendido cerca de una docena de veces, se empeñaba en seguir probando suerte, con la esperanza de aprobar la siguiente vez.

El abogado entró con el coche en el aparcamiento situado junto al bufete y dio los buenos días al veterano vigilante, que, como cada mañana, estaba preparando un té fuerte con hojas de hierbabuena. Aparcó el coche en una de las cinco plazas que había alquilado: una para él, dos para Samah y Tareq, que ya habían aparcado sus coches, y dos para los clientes importantes.

El viejo vigilante, calado con una kipá negra, se dirigió hacia el coche del abogado con un vaso de té en la mano.

–¿Me haría el honor de tomarse conmigo un vaso de té? –preguntó el vigilante al abogado mientras éste salía del coche con una sonrisa en los labios.

–Muchas gracias, señor Ezequiel –dijo el abogado–, hoy tengo prisa. –Tendió las llaves al vigilante, como todos los jueves, para que limpiase el coche.

–Siempre tiene prisa –dijo el vigilante–. Las prisas son malas consejeras –añadió en árabe con acento curdo, y soltó una carcajada que al final se convirtió en tos.

«Buenos días, Samah», dijo el abogado por el teléfono móvil mientras subía por la calle King George, «aún no han llegado, ¿verdad?» Sabía que los clientes con los que había quedado por la mañana no solían ser puntuales y, además, había visto que las plazas reservadas a los clientes importantes aún estaban libres. «Bien, entonces estaré en el café de abajo. Avísame cuando lleguen. Gracias.» Se metió el móvil en el bolsillo de la chaqueta, se ajustó la corbata y siguió caminando desde el edificio donde estaba su bufete hacia su cafetería habitual.

Al abogado le gustaba empezar su jornada laboral con un café con leche bien cargado en la cafetería de Oved, aunque no todos los días encontraba tiempo para sentarse a tomárselo. Casi siempre tenía que conformarse con beberse en un vaso de cartón en el bufete. En los días especialmente estresantes, le pedía muy educadamente a Samah que le hiciese el favor de traerle el café de Oved y, por supuesto, le proponía que trajera también café para ella y para todo el que estuviese aún en el bufete. Pero los jueves eran distintos, más tranquilos, casi apacibles en comparación con su ritmo de trabajo a lo largo de la semana. El abogado hacía todo lo posible por no tener ninguna vista los jueves y, en caso de emergencia, normalmente prefería mandar a Tareq al juzgado. Se esforzaba por no concertar ninguna cita y, por lo general, dedicaba los jueves al papeleo: cumplimentación de documentos, firmas, facturas, redacción de apelaciones, demandas, alegatos de defensa y solicitudes.

–Buenos días, señor letrado –le saludó Oved, mientras sujetaba en la mano una jarra metálica donde hervía la leche con el vapor caliente que salía de uno de los tubos de la máquina de café.

–Buenos días –respondió el abogado, y observó a los que estaban en el café, sólo para cerciorarse de que los reconocía a todos. Es

cierto que no conocía a todos por sus nombres, y menos por sus profesiones, pero los que iban a la cafetería de Oved solían ser clientes habituales. Saludó con la cabeza a algunos de ellos, que le devolvieron el saludo, y se sentó en uno de los tres taburetes altos situados junto a la pequeña barra.

—¿Se sienta? —le preguntó el dueño de la cafetería.

—Increíble, ¿eh? —respondió el abogado, al tiempo que asentía con la cabeza, arrugaba la frente y levantaba las cejas.

Como casi todos los que iban a la cafetería, el abogado no tenía que decir lo que le apetecía tomar. Oved le preparaba a cada uno el café a su gusto, sabía cuánta leche querían en el café, cómo de fuerte hacerlo, la cantidad de espuma, si es que la querían, y cuánto azúcar le gustaba a cada uno de sus clientes habituales.

—¿Algo para acompañar? —preguntó mientras empezaba a preparar el café.

—Sí, por favor —respondió el abogado, que, aunque a esas horas de la mañana no le apetecía nada más que un café, por educación y por el mero hecho de ocupar una silla en la cafetería, se sintió obligado a ser generoso y a sumar al coste del café el precio de un bollo—. Un cruasán de mantequilla, por favor —pidió, asintiendo con la cabeza.

El abogado apreciaba a Oved y sentía que Oved le correspondía con la misma moneda. El dueño del pequeño café, uno de los únicos del centro que no pertenecía a esas cadenas de cafeterías que se habían apoderado de la ciudad, fue tal vez el primero en dar la bienvenida al abogado la semana que llegó al centro de la ciudad, hacía ya cinco años. Oved era cálido y afectuoso y, de algún modo, el abogado creía que eso se debía precisamente a que era árabe. Al principio, el abogado pensó que Oved era un judío más de origen curdo, un comerciante mizrají¹ zalamero y fanfarrón, pero enseguida descubrió que estaba en un error. En opinión del abogado, Oved sabía acertar en sus análisis políticos, y a veces, cuando se refería a los titulares de los periódicos, también identificaba en ellos un racismo que ni siquiera el propio abogado veía. Oved era el último socialista del centro de la ciudad, o como le gustaba llamarlo a uno de sus

1. Mizrají. En Israel, la palabra «mizrají» se utiliza para nombrar al judío procedente de países árabes y a sus descendientes, en contraposición con «asquenazí», el judío oriundo de Europa central y oriental.

clientes habituales, un antiguo editor de la sección cultural de un periódico local, «el único comunista curdo de Jerusalén».

Ésas eran las horas de más concurrencia en la cafetería. Casi todos los clientes, al igual que el abogado, trabajaban por los alrededores, y casi todos se llevaban el café en vasos de cartón plastificado a las tiendas de ropa, a las zapaterías, a las peluquerías, a las agencias de viajes, a las aseguradoras, a las inmobiliarias, a los bufetes de abogados y a las clínicas. Oved estaba muy ocupado para entablar una conversación con el abogado, que bebía despacio mientras observaba a los que estaban sentados a su alrededor. La periodista extranjera estaba con un cigarro en la mano y un ordenador portátil centelleando frente a los ojos. El profesor de historia del arte, al que el abogado conocía sobre todo por la televisión, tenía un libro abierto. El agente inmobiliario estaba con un cliente y ambos mantenían una acalorada conversación sobre fútbol, y una pareja mayor se tomaba el desayuno sin intercambiar ni una palabra. Cómo me verán a mí, pensó el abogado mirando distraídamente el reflejo de su imagen deformada en el metal brillante de la máquina de café que tenía enfrente. Después, también distraídamente, bajó la vista y examinó su corbata y su camisa.

—¡Menuda corbata! —le soltó Oved, que al parecer estaba observándolo—. Nueva, ¿eh? —añadió con una sonrisa—. Muy bonita, señor letrado. ¿Qué es? ¿Versace?

—Gracias —respondió el abogado, un poco avergonzado—. No sé de quién es —dijo, aunque sabía muy bien que era de Ralph Lauren.

Antes, el abogado era muy consciente de que tenía aspecto de árabe. De hecho, no hacía mucho tiempo de eso. Su primer año en la universidad fue el más duro en ese sentido. Tenía diecinueve años cuando llegó desde el pueblo situado en el Triángulo a la Universidad de Jerusalén. Era la primera vez que estaba fuera del pueblo y de la casa de sus padres. Le paraban para que se identificase casi cada vez que subía a un autobús, casi cada vez que salía de los dormitorios universitarios de Har Hatzofim y bajaba andando a la Ciudad Vieja y casi cada vez que regresaba hacia Har Hatzofim. Es cierto que no ocurría nada irregular en las comprobaciones que policías y soldados hacían de los documentos de identidad, pero siempre resultaba

agobiante, desagradable y restrictivo. Por aquel tiempo circulaban todo tipo de historias entre los estudiantes, contaban que se oponían a los controles de seguridad, que se negaban a enseñar el documento de identidad, se enfrentaban a los policías y les acusaban de discriminación y racismo antes de acceder a dar sus datos. En vez de hacer eso, suponiendo que esas historias fuesen ciertas y no cuentos fantásticos, el abogado siempre sonreía mientras mostraba su documento de identidad a un policía o a un soldado. Siempre era educado, y quería que los policías y los soldados sintiesen que él comprendía que aquello formaba parte de su trabajo. El abogado sabía que no era ningún héroe y que no estaba hecho para los conflictos, y menos para aquellos que pudiese evitar.

A medida que su situación económica fue mejorando, disminuyó el número de veces que lo paraban para que se identificase. Durante su segundo año en Jerusalén empezó a trabajar en la biblioteca de la facultad de derecho y, con el poco dinero que ganaba, se compró ropa como la que llevaban los estudiantes judíos. Después, en su año de prácticas en la Oficina de la Defensa Pública, ganó algo más, y los controles de seguridad siguieron disminuyendo. Así continuaron las cosas cuando obtuvo el título profesional y cuando abrió su primer bufete, y ya habían pasado cinco años desde que se trasladara a King George y, durante todos esos años, no lo habían parado ni una sola vez para pedirle la documentación. Ni los policías, ni los vigilantes de seguridad de las paradas de autobuses, ni tampoco la guardia de frontera que patrullaba el centro de la ciudad sin descanso.

El abogado sabía ahora que eso no se debía a su aspecto, ni al acento ni al bigote. Le llevó tiempo, pero ahora comprendía que la guardia de frontera, los vigilantes de seguridad y los policías, que en su mayoría pertenecían a las clases bajas de la sociedad jerosolimitana, jamás pedirían los papeles a un hombre que llevase ropa más cara que la que ellos mismos utilizaban.

SUSHI

El abogado no se dio cuenta de la hora que era hasta que llamó su mujer. Estaba enfrascado en sus notas, leyendo sentencias, precedentes, actas de las actuaciones del tribunal, y enfrascado en redac-

tar su alegato en defensa de un hombre del Frente Popular para la Liberación de Palestina, de la aldea de Salfit, acusado de pertenecer a una célula que disparaba contra vehículos israelíes en una de las carreteras que rodeaban los territorios ocupados. El abogado especificó todos los detalles en el alegato de defensa, ya que no había llegado a un acuerdo durante las actuaciones, aunque sabía perfectamente, igual que el acusado y sus familiares, que el acusado sería sentenciado a varias cadenas perpetuas y liberado tan sólo, si es que lo era, en un intercambio de presos con los israelíes. Los casos de ese tipo, aparentemente perdidos, eran los que significaban un mayor desafío para el abogado. De hecho, su trabajo consistía en hacer todo lo posible para que la sentencia diera al acusado la posibilidad de ser incluido en el siguiente intercambio de prisioneros. Detalles como si había visto a sus víctimas, si sólo las había herido, si las balas disparadas por el arma del cliente eran las que habían causado la muerte de las víctimas o tal vez había sido un proyectil de otro miembro de la célula, detalles como éstos apenas mitigaban la severidad de la sentencia que le esperaba al cliente, pero sí que podían significar la posibilidad de ser liberado cuando los israelíes comprobasen en el futuro los nombres de los detenidos y decidiesen a quién incluir en la transacción dependiendo de si había cometido o no delitos de sangre.

El móvil personal del abogado, ese cuyo número sólo sabían sus familiares y amigos íntimos, sonó, y en la pantalla apareció la palabra «casa». Sólo entonces se dio cuenta de que ya eran las siete de la tarde.

—¿Aún estás en el bufete? —preguntó su mujer. Y, aunque ya se había levantado de su asiento y había empezado a recoger los papeles, él prefirió decirle que ya había salido del bufete—. ¿Has pasado por Sakura? —preguntó, y el abogado volvió a mentir. Dijo que había hecho el pedido, que habían llamado para decir que ya estaba listo y que estaba a punto de ir a recogerlo—. Muy bien —contestó su mujer y, por los ruidos de fondo que oía, él pudo imaginársela abriendo y cerrando el horno—. Falta vino blanco. Samir nos ridiculizará si no hay vino blanco, ya sabes la boca que tiene. ¿Le has dicho a Tareq que venga? —preguntó, justo cuando el abogado salía de su despacho hacia el recibidor donde estaba el puesto de Samah, que se había ido del bufete hacía dos horas.

—Un momento —le dijo a su mujer mientras llamaba a la puerta del despacho de Tareq y la abría sin esperar respuesta. Tareq esta-

ba detrás de su escritorio, y el abogado hizo una mueca y sonrió al tiempo que hablaba con su mujer-. No te he oído, ¿qué has dicho? ¿Que si le he dicho a Tareq que venga hoy a cenar a las ocho y media? -dijo el abogado afirmando con la cabeza y esperando oír la respuesta de Tareq. Tareq asintió y el abogado le guiñó el ojo y le dijo a su mujer-: Claro que he invitado a Tareq, vendrá encantado. Vale. Sí, a más tardar en una hora estoy en casa. Adiós. -Colgó y se metió el móvil en el bolsillo-. Perdona, Tareq, hasta yo había olvidado que tenemos cena en casa, ¿te lo puedes creer? -Tareq se rió. La naturaleza olvidadiza del abogado siempre le había gustado.

-Bueno -dijo Tareq mirando la hora-, cerraré dentro de un rato. ¿Has dicho a las ocho y media? Me dará tiempo hasta de ducharme.

Desde hacía tres años, el abogado y su mujer formaban parte de un grupo en el que había otras tres parejas y que tomó por costumbre juntarse el primer jueves de cada mes para disfrutar de una cena tras la cual se debatía sobre un tema elegido de antemano. Un debate sobre un libro o una película, o sobre algún asunto social o político. Es cierto que los debates empezaban siempre en un tono intelectual, pero enseguida se olvidaba el tema de debate y las conversaciones se convertían en un puro cotilleo. Los hombres por lo general hablaban de operaciones inmobiliarias y de dinero: quién había comprado qué, quién había pedido un préstamo y quién había adquirido deudas. Las mujeres hablaban de las maestras del colegio y de historias que habían oído sobre otros padres de las clases donde estudiaban sus hijos.

Esa noche les tocaba al abogado y a su mujer recibir al grupo en su casa y ya que, según una ley no escrita del grupo, el anfitrión podía invitar a una o dos parejas más, personas que en su opinión podían ser incluidas en el grupo, el abogado y su mujer, en particular su mujer, para ser exactos, decidieron invitar a Tareq. A decir verdad, no lo invitaron porque pensasen que era adecuado o que quisiese participar en reuniones de ese tipo, lo invitaron porque querían presentárselo a sus invitados con la esperanza de que a alguno de ellos, sobre todo a alguna de las mujeres -a la mujer de Anton, el contable, que era profesora en una de las escuelas de magisterio de la ciudad y tenía muchas alumnas llegadas de pueblos de Galilea y

del Triángulo— se le ocurriese arreglarle una cita a un soltero que ya había cumplido veintiocho años. A Samah y a su marido ni se les pasó por la cabeza invitarlos, a pesar de que ambos eran tan cultos como el resto de los invitados y de que tenían una posición económica incluso mejor. El hecho de tener el estatus de residentes de Jerusalén Este los descalificaba, ya que esas reuniones eran de parejas de inmigrantes y había cosas, pensaban ellos, que no podían debatirse con los locales, por muy pudientes y cultos que fuesen.

Sakura, recordó el abogado mientras bajaba rápidamente por las escaleras del bufete hacia la calle King George y dirigía sus pasos hacia la calle Ben Yehuda. Era por la tarde y el sol de principios de septiembre ya se había puesto en Jerusalén. Soplaban un viento agradable que hizo salir a la gente a las calles de la ciudad. Eran los días de comienzos del curso escolar, antes de Rosh Hashaná y las demás fiestas judías. Había músicos callejeros separados por una distancia casi idéntica a lo largo de la acera. El abogado rebuscó en el bolsillo de su abrigo y encontró la lista que su mujer le había dado por la mañana. «Inside-out maki roll», era lo primero de la lista, el abogado se sonrió, y por un instante olvidó a la multitud que caminaba a su alrededor por el centro de la ciudad. Sabía que el inside-out era para la niña y, pensar que su hija de seis años sabía exactamente qué sushi quería le resultó divertido, sobre todo porque él había oído hablar por primera vez del sushi cuando era estudiante de derecho y pudo probarlo hacía sólo dos años, en su trigésimo cumpleaños. Y resulta que ahora se dirigía a Sakura, el restaurante japonés más caro de la ciudad. Su mujer había decidido ofrecer sushi de primer plato a los invitados, y el abogado, al igual que su mujer, sabía que no podían permitirse responder otra cosa que «Sakura» cuando la mujer de Samir, el ginecólogo, preguntase durante la cena, mientras sujetaba un rollo chorreando de soja: «¿De dónde es el sushi?».

Pensar en la mujer del ginecólogo sujetando sushi en vez de pepinos rellenos le resultó divertido, pero inmediatamente después se le encogió el corazón. Conocía esa sensación que se repetía de vez en cuando, la sensación de que estaba viviendo una especie de fantasía, de que todo aquello iba a desaparecer de golpe y porrazo. ¿Qué tenía que ver él con el sushi? ¿Qué tenía que ver él con aquella cena junto a unos amigos cuya compañía dudosamente le agradaba? Una cena que le costaría la mitad del sueldo de un profesor de instituto.

Pensó en su hermano mayor, profesor de instituto en el pueblo, y se lo imaginó cenando con sus hijos en el patio de la casa de sus padres. Sabía que daba igual lo que hubiese cocinado su madre, aunque fuera un huevo revuelto con cebollino, su comida estaría mucho más rica.

Cuando llegó a la plaza de Kikar Tzion, miró la hora con la esperanza de no llegar tarde. Era una lástima no haberlo pedido por teléfono, tal y como le había dicho antes a su mujer. Desde Kikar Tzion bajó por la calle Yafo hasta el patio Feingold. El dueño del restaurante sonrió al abogado nada más entrar. El abogado le entregó la nota con el pedido y muy educadamente le comunicó que tenía prisa. Volvió a mirar la hora y pensó que llegaría a tiempo. «Ah, y añadada también dos botellas de vino blanco, por favor», le dijo al dueño, pese a saber que allí pagaría por ellas el doble que en la tienda de bebidas de al lado.

LIBRERÍA

«No te preocupes», le dijo el abogado a su mujer, que había vuelto a llamarlo, en esa ocasión algo más alterada, «llegaré a casa a tiempo.»

Cómo se altera siempre antes de estas reuniones, pensó el abogado. Qué tensión, qué competitividad hay entre ella y las demás mujeres del grupo. El abogado no estaba muy seguro de que ella disfrutase de aquellas cenas. Tal vez, al igual que él, ella también las viese como una especie de carga, como una obligación que las reglas del juego le obligaban a cumplir. Se imaginó a su mujer vistiéndose en el dormitorio. Seguro que había puesto una película de vídeo para entretener a la niña, y al niño, si no estaba dormido, seguro que lo había metido en la cuna situada junto a la cama. Sin duda habría estado un buen rato dudando qué ponerse, aunque eso no iba nada con ella. A diario no se preocupaba más de la cuenta de su vestimenta, y normalmente se ponía unos pantalones y una camisa sencilla para ir a trabajar. Si estaba en lo cierto, tampoco solía maquillarse para salir, y sin duda su imagen no era la de una mujer que se pasa horas acicalándose y pintándose frente al espejo. Sin embargo, en aquellas reuniones no podía permitirse tener un aspecto descuidado y hasta era posible que se hubiese comprado ropa nueva especialmente para

la cena de esa noche. «Mira a Faten», recordó las palabras que le dijo sobre la mujer de Anton, «jamás la he visto dos veces con la misma ropa.»

Normalmente su mujer se sentía ofendida por lo que decían las demás mujeres del grupo. Sobre todo cuando empezaban a alardear de los logros de sus hijos en los estudios. Qué ofendida se sintió al descubrir que el hijo de Faten, que había pasado con su hija de la guardería al primer curso en el colegio, ya se sabía las letras en hebreo y en árabe al dedillo, mientras que su hija no se sabía ni una sola. Y cómo se enfadó y se sintió traicionada al enterarse de que la mitad de los padres árabes del colegio habían mandado a sus hijos, mientras aún estaban en la guardería, a un curso llamado «Preparación para primer curso», y no le habían contado nada al respecto. La mujer del abogado sintió que había fracasado en la educación de su hija.

El abogado se sonrió al acordarse de aquello, y del esfuerzo de su mujer, que durante varios meses, nada más volver del trabajo se ponía a repasar las letras con la niña para que estuviese al mismo nivel, y tal vez incluso superase a los hijos de los demás miembros del grupo. «Los hijos de Anton no son más listos que los tuyos», recordaba que le había dicho su mujer cuando intentó calmarla. Ella no comprendía cómo podía quedarse tan tranquilo ante el hecho de que su hija aún no supiese sumar ni restar mientras los demás ya se sabían las tablas de multiplicar.

Eran casi las siete y media cuando el abogado subía de nuevo por la calle Yafo hasta la esquina con King George, con el maletín de piel colgado al hombro y sujetando bolsas de papel que contenían el primer plato. Se alegró de que aún le quedase tiempo para entrar en la librería a la que iba todos los jueves o, al menos, los jueves en que se acordaba de salir del bufete antes de las ocho, cuando cerraban la tienda situada junto al centro comercial Mashbir, a un paso del aparcamiento.

Empujó la puerta de cristal y el agradable sonido de las campanillas de viento colgadas sobre la puerta hizo que la joven dependienta levantase la cabeza del libro que tenía delante sobre la mesa.

—Hola —saludó al abogado con una sonrisa.

–Hola, Merav, ¿qué tal? –preguntó.

Ella movió la cabeza y se sintió lo suficientemente cómoda como para volver a inclinar la cabeza sobre el libro, pues sabía que el abogado conocía bien la librería y que, como todos los jueves, exploraría durante unos minutos las estanterías para inspeccionar la nueva mercancía llegada en la última semana.

Cada vez que entraba allí, el abogado se deleitaba con el olor especial de los libros usados. Es cierto que en la tienda se podían encontrar todos los libros nuevos que acababan de salir, pero sobre todo era una librería de viejo. El abogado oyó hablar por primera vez de aquella librería a Oved, en el café. Oved era un forofo de las tiendas pequeñas y aconsejó al abogado comprar en aquella librería y no en las que pertenecían a las grandes cadenas. El crítico de arte, uno de los clientes habituales del café, estaba de acuerdo con Oved y alabó el trato personal y la capacidad del dueño de localizar incluso libros raros, si uno de los clientes los encargaba.

La primera vez que el abogado entró en la librería fue hace tres años, con motivo de la primera reunión mensual con los miembros del grupo. Anton, su contable y su amigo desde la época de la universidad, organizó el encuentro en su casa y le informó de que tras la cena se debatiría sobre el libro *¿Quién se ha llevado mi queso?*, que era el número uno en ventas.

El abogado dejó su maletín y las bolsas con el sushi junto a la mesa de la dependienta y recordó lo ofendido que se sintió en su primera visita a la librería. La dependienta por aquel entonces no era Merav, sino otra, que tenía pinta de estar haciendo un máster en literatura hebrea. Recordó la expresión de desprecio en su rostro cuando se acercó a pagar *¿Quién se ha llevado mi queso?* Un escalofrío recorrió su cuerpo y una fuerte sensación de humillación lo embargó. Él sabía que no era un experto en literatura, sabía que tenía muchas lagunas en su educación. No sabía nada del libro que era objeto del debate, sólo que se trataba de un libro de éxito. Odió a Anton por hacerle comprar aquel libro, odió a la dependienta, cuyo gesto lo decía todo sobre el libro, y sobre todo se odió a sí mismo por todas las cosas que le hubiese gustado saber y no sabía.

Aquella dependienta se fue de la librería poco después, y Merav la sustituyó, al menos en el turno de la tarde de los jueves. Merav era

agradable y educada. Estaba haciendo un máster en historia del arte. Al abogado le agradó que Merav compartiera sus gustos literarios, aun antes de que él mismo supiera que los tenía. A decir verdad, desde lo ocurrido con *¿Quién se ha llevado mi queso?*, el abogado decidió llenar sus lagunas culturales, al menos en el terreno literario, y para no volver a pasar por aquel bochorno, se preocupó de mirar las críticas que se publicaban todos los miércoles en el suplemento literario del periódico *Haaretz*, al que estaba abonado. Por las críticas, normalmente sabía qué libro comprar en cada ocasión, ya llevaba tres años comprando un libro cada semana. También decidió leer un libro a la semana, aunque no era una misión fácil, sobre todo porque las horas antes de dormir eran las únicas en las que el abogado se podía permitir leer sobre temas no relacionados con su trabajo.

El abogado sabía que no encontraría nada en la planta de arriba, allí había sobre todo libros en inglés, y multitud de libros sobre religión judía, que no le interesaban en absoluto. Le interesaba sobre todo la literatura, normalmente la literatura moderna, ya que la mayoría de las críticas que leía en el periódico eran sobre libros que se habían publicado recientemente. El abogado tenía muchas ganas de leer literatura clásica, y le hubiera gustado saber cuál era la trama de aquellas historias conocidas incluso por quienes no eran amantes de los libros. Quería saber sobre qué había escrito Dostoievski, de qué trataban *Anna Karénina* y *Guerra y paz*, quería leer a Kafka, a Chéjov e incluso a Hayim Nahman Bialik, aunque era difícil, casi imposible. ¿Cómo lo haría? Entonces descubrió la verdad sobre sus conocimientos literarios ante Merav, la dependienta, que le dijo una vez, cuando le entregó una bolsa con el libro *Nuestros antepasados* de Italo Calvino: «Ojalá todos los clientes de la tienda fuesen como usted». Nunca olvidaría la sensación de triunfo que lo embargó entonces, a pesar de que había comprado el libro sólo porque un joven escritor, que había sido entrevistado en el periódico, lo mencionó como uno de los diez libros que más le habían influido. No había tenido una sensación así ni siquiera al conseguirle a alguno de sus clientes la total absolución en los tribunales. La dependienta no sabría jamás que el abogado nunca consiguió leer más de treinta páginas de aquel libro tan aclamado, treinta páginas que casi hicieron que tirase la toalla y renunciase por completo a la lectura.

Algunas veces, llevado por una curiosidad irresistible, el abogado elegía uno de los clásicos famosos y le pedía a Merav que se lo envolviese «para regalo», de modo que no pudiese sospechar que aún no lo había leído. Así pidió que le envolviese *Lolita* de Nabokov, *Crimen y castigo* de Dostoievski y *Anna Karénina* de Tolstói. Sobre todo, el abogado quería leer a los grandes, a los importantes, a los famosos, a esos que cualquier judío de su posición había leído.

Miró la hora y descubrió que quedaban diez minutos para el cierre de la librería. Ya sabía de antemano qué libro iba a comprar: había leído la crítica semanal sobre él, lo había visto en las estanterías de novedades y sabía que dentro de un momento volvería a él, pero antes decidió echar un vistazo a la estantería de los clásicos. De pronto vio *Sonata a Kreutzer* de Tolstói y recordó que su mujer le había preguntado una vez, como experto en literatura, si había tenido ocasión de leer ese libro de Tolstói. El abogado se sorprendió entonces del interés de su mujer por los libros, y ella le explicó que en su programa de estudios de psicología, cuando el profesor hablaba de Freud, salía una y otra vez el título de ese libro. Cogió el viejo ejemplar de la *Sonata* de la estantería, se acercó a la estantería de novedades y cogió la nueva novela de Haruki Murakami.

—Éste, por favor, me lo envuelves para regalo —le pidió a Merav cuando le entregó la *Sonata a Kreutzer* de segunda mano, y sintió la necesidad de añadir—: Mi mujer estudia psicología y me ha pedido que le lleve este libro.

Merav asintió con la cabeza.

—Ya lo sé. Todos los freudianos se pirran por él. En cualquier caso, es un libro fantástico. Ha llegado hoy mismo —dijo, señalando las cajas apiladas en un rincón de la tienda—. He desembalado sólo una. Hay verdaderas gangas.

—Estupendo —dijo el abogado, metiendo a Murakami en una bolsa transparente—, entonces volveré pronto.

CENA

Anton, el contable, y su mujer Faten, que como ya se ha dicho era profesora en una escuela de magisterio de Jerusalén, fueron los primeros en llegar. Tareq dejó un mensaje diciendo que llegaría sobre las nueve, y el abogado le envió un mensaje de texto: «No pasa nada».

El abogado conoció a Anton en la universidad. El abogado sólo tenía diecinueve años y estaba haciendo primero en la facultad de derecho, mientras que Anton estaba en cuarto y último curso de economía y contabilidad. Pero la relación de amistad no comenzó a consolidarse entre ellos hasta que el abogado empezó a trabajar por cuenta propia y necesitó los servicios de un contable que llevara la contabilidad del bufete. Por aquel entonces, Anton ya era conocido en Jerusalén Este. Su despacho estaba aún en la calle Salah ad-Din, a poca distancia del viejo bufete del abogado.

La primera vez que Anton y su mujer visitaron la casa del abogado fue por el nacimiento de la hija mayor. La relación entre las dos familias comenzó a estrecharse cuando la hija del abogado y el hijo pequeño, el tercero, del contable y su mujer fueron juntos a la misma guardería a la edad de tres años. Entonces fue también cuando el contable invitó por primera vez al abogado y a su mujer a las reuniones del grupo.

Al abogado le resultaba difícil calificar la relación entre Anton y él como de camaradería, a pesar de que apreciaba al contable y de que creía que éste sentía hacia él un cariño similar. Anton y su mujer eran los únicos cristianos del grupo y también los únicos que vivían en el barrio septentrional de Beit Hanina, a diferencia de los demás, que, como el abogado, vivían en Beit Safafa, el barrio más meridional de Jerusalén Este, a muy poca distancia de las puertas cerradas de Belén.

Tareq llegó el segundo, unos minutos antes de las nueve. Samir, el ginecólogo, y su mujer Nilli, que dirigía un colegio para chicas en Jerusalén Este, llegaron con Nabil, el abogado civilista, y con su mujer Sonia, que fue enfermera en el hospital Shaarei Tzedek y, hace unos cuantos años, prefirió dejar su trabajo y dedicarse a criar a sus

cuatro hijos. Sin contar a Tareq, el abogado era el más joven del grupo. El mayor era el abogado civilista, cuya primogénita estaba a punto de terminar la secundaria en la Anglican School.

–Por favor –dijo la mujer del abogado tras los saludos, el intercambio de besos con las invitadas y la presentación de Tareq al resto de los asistentes–, *tafaddalu* –los instó a sentarse a la mesa con un gesto de la mano.

Se había puesto unos pantalones grises de raya diplomática y una amplia camisa negra que le llegaba hasta las caderas. Está estupenda pensó el abogado, y se imaginó el esfuerzo que habría tenido que hacer para meter las caderas y el trasero en aquellos pantalones que utilizaba en acontecimientos especiales, cuando sentía la necesidad de parecer más delgada.

–¿De dónde es el sushi? –preguntó Nilli, la mujer del ginecólogo.

–De Sakura –disparó la mujer del abogado, que estaba esperando la pregunta.

–¿De verdad? –añadió la mujer del ginecólogo haciendo una mueca y perdiendo otra pieza de salmón semicrudo que había cogido con los palillos–. Qué raro. Normalmente allí el sashimi es más fresco.

–¿Te traigo un tenedor? –La mujer del abogado intentó devolvérsela.

–¿Oísteis ayer los disparos? –preguntó el veterano ginecólogo del hospital Hadassah.

–Fue realmente aterrador, justo enfrente de nuestra casa. Y a cuántos policías trajeron, a medio departamento –dijo su mujer.

Tareq intercambió unas miradas con el abogado y comprendió que, aunque el abogado conocía perfectamente los detalles de lo ocurrido, iba a permanecer callado y escuchando hablar a los demás.

–Beit Safafa –dijo Nabil apenado–, dos tiroteos en el último medio año. Es algo que jamás había ocurrido en este pueblo.

Beit Safafa era el barrio preferido por los inmigrantes del norte. Estaba separado de Jerusalén Este y tenía un acceso cómodo y rápido al centro de la ciudad. Al fin y al cabo, siempre había sido considerado por los israelíes un barrio amigo. A excepción de algunos incidentes aislados, sus habitantes apenas tomaron parte en la primera Intifada, y en la segunda no salieron ni a una sola marcha de protesta.